

---

---

## PLATICA XXVI.

DE LA REPARTICION DEL FRUTO DE LA MISA Y DISPOSICION CON  
QUE LA DEBEMOS OIR SI QUEREMOS GOZAR DE SUS FRUTOS.

---

A 19 de Julio de 1691.

---

¿CUÁNDO se ve en el mundo repartida entre muchos herederos una herencia, sin quejas, sin sentimientos y sin pleitos? Por eso aun el mismo Cristo, (*Luc. 12.*) dice el Crisólogo, (*Serm. 162.*) rehusó allí dividir entre dos hermanos su herencia: *Quis me constituit Judicem, aut divisionem super vos?* Porque la herencia mundana primero divide á los herederos, que reparte las partidas: primero separa en discordias los ánimos, que en la hijuela aparte las porciones; antes rompe las ataduras de la sangre, que desate los nudos de las bolsas: *Hereditas mundana, ante posteris infert jurgium, quam confert censum, ante quam dividat facultates scindit heredes, ante quam tradat singulis portiones, succesores ipsos disecat, et mittit in partes.* Mas con todo eso entro yo seguro á hacer la particion de la mas soberana Herencia que

tenemos en la Misa; porque siendo yo solo el que apunte las partidas, cada uno de mis oyentes ha de ser el que ajuste consigo mismo cuánto le toca de pérdida, ó cuánto le viene de ganancia. Y si entónces se siente lo perdido cuando se vé, sucederáme quizá con algunos lo que aquel padre, que para corregir á su hijo que jugaba y perdía por vales, le bastó para que se enmendara hacerle una vez contar por su propia mano la grande cantidad que habia perdido: ó sucederáme por el contrario con otros lo que al mercader, que al ajustar el valance, viendo sus ganancias, con ellas cobra nuevos alientos en su ejercicio. Ya, pues, al que en esta particion le tocara menos, contra sí mismo formará la queja, y consigo tendrá la cuenta.

Una, pues, Herencia Divina es la que tenemos en la Misa, en que todos tenemos parte. Por eso al instituir este Soberano Sacrificio, entonces fué cuando nuestra Vida Cristo hizo su testamento, escrito, firmado y rubricado con su misma sangre: *Hic est sanguis meus novi Testamenti;* testamento nuevo, porque acabando las sombras y figuras, empezaron en él de la verdad las realidades: y testamento eterno, porque repitiéndose cada día en la Misa, duran y durarán siempre en el mismo vigor sus cláusulas. Así, pues, como en cualquier Testamento hay heredero principal, mandas y legados, y además un albacea que lo ejecute, así para que se repitiese en cada Misa, dejó el Señor á los sacerdotes por sus albaceas, tenedores de bienes y podatarios, para que por su mano se haga la reparticion admirable. Porque así como la madre mas amorosa, los regalillos que tiene, siendo para el hijuelo todos, con todo eso no se los dá de una vez todos, sino por partes; y tanto muestra su

amor en lo que le dá, como en lo que guarda; así en la Misa á ninguno se dá el todo; quiero decir, el infinito é inmenso valor de la Misa, no; que para repartir el Señor sus finezas, y para exitar tambien nuestro amor, nuestras buenas obras y nuestros méritos; para que le busquemos mas veces, y para hacernos mas veces sus beneficios, porque en ellos quiere nuestra correspondencia, siendo, como es, infinito el valor de la Misa, así por lo que en él se ofrece, como por el principal Sacerdote que la ofrece, que es el mismo Cristo, con todo eso en cada Misa no nos comunica sino una parte finita y limitada; pero esta, mayor ó menor, segun que con este Divino Sacrificio es mas ó ménos nuestra disposicion, nuestro fervor, nuestra devocion y nuestra fineza.

Pues esto es lo que ya nos dice el Catecismo: *¿A quién aprovechan las Misas?* R. *A los vivos y á los difuntos del Purgatorio.* ¡Oh, valor infinitamente prodigioso! Reparte el sol sus rayos, es verdad, á tanto número de vivientes por tanta distancia de leguas; pero á ese tiempo deja oscura y sin luz la otra mitad del mundo; mas este Divino Sacrificio, estándose repitiendo continuamente por todas las horas del dia y de la noche, en todas las partes del mundo cada Misa reparte general el provecho y el fruto á cada uno de todos los cristianos que vivimos en todo el orbe de la tierra: de modo, que en la Misa que ahora se está diciendo en el Japon, tenemos parte todos los que estamos aquí, los que están en España, en Francia, en Roma. ¡Oh, valor admirable, que así repartido aun no se agota, sino que se queda tambien que repartir con todas las almas del Purgatorio, que todas gozan cada una su parte, y aun se queda to-

davia un infinito que repartir! Sí, que esto es solo lo general. Resta ahora la mas particular reparticion; por eso añade el Catecismo: *¿Y de esos á cuáles principalmente?* R. *A aquellos por quien se dicen, las oyen y ofrecen.* Porque así como cuanto mas uno se vá acercando á la llama, tanto mas vá participando del calor, así el que mas se acerca á esa divina accion, tiene en ella mas parte: más los que oyen la misa, más el que la ayuda, más el mismo sacerdote; porque aunque todos los que la oyen ofrecen en su modo el Sacrificio, y cada uno puede decir que es suyo: *Ut meum, ac vestrum Sacrificium;* pero principalmente el sacerdote, que es el que como legítimo ministro, en nombre de todos lo ofrece: de modo, que por tres partes gozan del fruto de la misa los que la oyen. Lo primero, la parte que les toca en lo general de todos los fieles: *Pro omnibus fidelibus Cristianis.* Lo segundo, por asistentes: *Et pro omnibus circumstantibus.* Y lo tercero, porque ellos tambien en su modo ofrecen el Sacrificio: *Pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt.* ¡Oh, qué ganancia de tanto logro, sin que se disminuya á cada uno su parte, por ser pocos, ó por ser muchos los que con él oyen la misa; pero aun sobre todos estos gozan mas aquellos por quien mas especialmente aplica el sacerdote el Sacrificio, habiendo Cristo dejado en sus manos y en su potestad esta reparticion admirable. Mas sobre todos, el que se lleva la mayor parte, al que podemos llamar el principal heredero, es aquel por quien el sacerdote en primer lugar aplica la misa, ó por obediencia, por liberal caridad, por obligacion de justicia, porque le dió la limosna para su sustento; no la paga de la misa, como dicen bárbaramente; que ¿qué paga podia bastar para la misa? Ese,

pues, es el que lleva la mayor parte de la misa, porque si, como dice la Ley: *Ita autem, ff. de Administr. tutor. Quod quis per alium facit, per se ipsum facere videtur.* Lo que uno hace por mano de otro, él es quien lo hace: el que dá al sacerdote el sustento para que pueda decir misa, él es quien la ofrece, aunque por mano del sacerdote.

¿Mas qué fruto es este, que así repartido gozamos en la misa, que hasta ahora no lo hemos dicho? Es lo primero, el mérito á que corresponde la paga allá en la gloria. Lo segundo, la impetracion con que alcanzamos de Dios los bienes, esí temporales como espirituales. Y lo tercero, la satisfaccion con que nos vamos librando de alguna parte de la pena que habia de corresponder á nuestras culpas; fruto para alcanzar inmensos gozos en el cielo, fruto para lograr inestimables beneficios en el mundo, y fruto para evitar las mas terribles penas del Purgatorio. ¡Oh, qué tres frutos, almas! ¡Oh, qué tres frutos! Pues esto es lo que tenemos de parte de la misa seguro: de parte de la misa dije: quiero decir, que aunque el sacerdote sea tan indigno y pecador como yo, aunque por suma desdicha, diga la misa en pecado mortal; pero como él no es mas que un instrumento del Sumo Sacerdote Eterno, Cristo nuestra Vida, que es el que en la misa se ofrece á sí mismo: *Idem est nunc se offerens sacerdotum ministerio, qui se ipsum in Cruce obtulit*, dice el Concilio de Trento (*sess. 22. cap. 2.*) y como en las demas oraciones de la misa, lo que le ruega á Dios y le pide, es todo en nombre de la Iglesia, por eso no podemos ser defraudados de su fruto principal, por malo que sea el sacerdote.

He aquí, pues, hecha la particion, las partidas de ganancia, el *ha de haber* de parte de la misa; pe-

ro resta ahora que cada uno consulte de su parte, y con su conciencia el *debe*, las partidas del cargo; y haciendo con su alma la cuenta, vea, ó cuánto será su logro dichosísimo, ó cuánta su lamentable pérdida. Ciertó es, que si en el alma está el funesto estorvo del pecado mortal, aunque para esa alma es todavia impetratorio este Divino Sacrificio; (y así lo debe continuar mas, para alcanzar de Dios los auxilios para salir de la culpa con una verdadera penitencia) pero entretanto, ni mérito adquiere, ni satisfaccion; porque durando todavia la culpa, que es el cuerpo, no se puede quitar la pena, que es la sombra. ¡Pues, oh, qué pérdida de tan imponderable fruto! Ciertó es, vuelvo á decir, que aun estando en gracia, segun la disposicion con que asistimos, segun la devocion, el fervor, la piedad conque oímos la misa, á esa proporcion gozamos en ella mas ó menos, ó ningun fruto. ¡Oh, Dios, y qué milagro! Quéjese el ciego de sus ojos que son los que tienen el embarazo: no se queje del sol que liberal lo baña con sus luces. Echad la culpa á la paja, que por su propia debilidad levanta una llama tan remisa: no echeis la culpa al fuego, que si le aplican materia sólida, hace mas fuerte el incendio. Pues ya con esto he respondido á lo que pudiera preguntar una muy justa admiracion: ¿Cómo? si tan á mano tenemos los cristianos todas las riquezas de Dios en la misa; si en ella tenemos la llave del cielo; si en ella es el mismo Hijo de Dios el que se empeña todo á nuestros beneficios, ¿cómo tanta pobreza en las almas? ¿tanta miseria en los cuerpos? ¿tan caído el fervor, tan remisa la virtud, tan tibia la caridad, tan escaso ó tan ninguno el provecho? ¿A la orilla de una fuente infinita, y sedientos? ¿con la llave de un in-

menso tesoro en la mano, y tan pobres? ¿qué es esto? ¡Ah, oyentes míos! Del lobo, dicen los naturalistas, que siendo el mas boraz de los brutos, por mas que come, siempre está flaco. ¿Y por qué? Porque! no masca, sino engulle; por eso nada le entra en provecho. Asisten (¡oh, cuántos de los cristianos!) al Sacrificio de la misa, tan sin rumiar, tan sin considerar lo que hacen, que les pudiéramos decir lo que dijo el Señor á la samaritana: *Vos adoratis quod nescitis*. Allí están de rodillas, y ni saben qué es lo que adoran, ni piensan un instante en lo que hacen; y aun cuando alzan á nuestro Dios, ni un acto solo de fé y de amor les debe. ¿Pues qué provecho, qué fruto han de sacar, si en la misa tienen toda el alma ocupada, ó ya en sus negocios, ó en sus cuidados?

Bien queria Joseph darles mucho trigo á sus hermanos; pero midiose su amor con lo que ellos pedían, llenándoles bien colmados sus sacos; y si no llevaron mas, tuvieron ellos la culpa, pues no trajeron en que llevarlo: *Imple sacos eorum frumento quantum possunt capere*. Así, pues, mide nuestro Señor Jesucristo en la misa sus beneficios, segun el tamaño que desocupa la devocion y el fervor en nuestras almas: si estas vienen, ó cerradas con el pecado, ó embarazadas del todo, lamenten por su culpa lo que no logran.

Estaban oyendo una misa tres mugeres, refiere Godescalco, (*t. 2. serm. 100. lit. C.*) y á ese tiempo un santo religioso vió, que bajando del cielo un Angel, le puso á la una, una corona de rosas blancas y resplandecientes; á otra, otra corona de rosas coloradas, con que quedaron ámbas hermosísimas; desapareció el Angel, y vió luego un feísimo demonio, que puesto delante de la otra, con unos

aforros que traía en la mano, le daba grandes golpes en la cabeza, y luego danzaba delante de ella muy festivo. Admirado de esta vision, acabada la misa, sin darse por entendido preguntó á las dos: ¿qué habian estado pensando en la misa? Y dijo la una: yo he estado pensando en la Bondad infinita con que nuestro Dios se dignó vestirse de nuestra carne, y hacerse niño. Pues yo, dijo la otra, no pensaba sino en aquel amor inmenso con que por mí derramó su sangre en la Cruz. Conoció así el santo varon cómo les eran correspondientes las coronas. Preguntó luego á la otra, y dijo: Yo no pensaba sino en unos aforros que tengo de comprar para un vestido, y he estado impaciente porque se tardaba la misa, pues tengo de ir á un baile á que estoy convidada. Descubrióles entónces lo que habia visto. ¡Ah, si así se nos descubriera á nosotros! ¡Qué vergüenza fuera á los unos! ¡qué gozo y conzuelo á los otros! ¡y qué escarmiento á todos! Pues cada uno lo descubra en su propia conciencia, y en ella hallará su pérdida.—¿Qué fruto tengo yo de tantas misas? ¿qué provecho? ¿qué logro? unas en pecado, otras sin intencion ninguna, otras hablando. Dios allí ofreciéndonos sus riquezas, y yo cerrando mi corazon á recibirlas: Dios allí franqueándome todos sus beneficios, y yo en el mundo con toda mi atencion y mi cuidado: Dios allí abriéndome el cielo, y yo volviendo las espaldas: y donde salen tantas almas mejoradas y enriquecidas, la mia empeorada y pobre: solo porque no se ve esta pérdida, no se llora.—Alto pues, á acaudalar riquezas en este divino Sacrificio.

Y lo primero encarga nuestro espiritualismo varon, padre Juan Eusebio Nieremberg, una devocion tan fácil como provechosa, para participar aun

mayor parte en todas las misas que se dicen en todo el mundo; y es, ofrecer cada día á Dios cuantas misas se dijeren aquel día en el mundo, con deseo, si pudiera uno, de asistir á todas. ¿Qué cosa mas fácil? Pues ahora, por poca que sea la parte que nos quede de cada una, ¿qué monton será? ¡oh, cuánto! Pensadlo. Yo quiero que el fruto que toca á cada uno de cada misa de las que se están diciendo en todo el mundo, sea como un grano de mostaza, por explicarme así: ¿pues cuántas serán cada día las misas que en todo el mundo se dicen, y cuánto le corresponderá de fruto, por pequeño que sea, en cada una? ¿Cuánto será este en una semana, cuánto en un mes, cuánto en un año? ¡Oh, almas! aquí sí que os quisiera santamente codiciosas, pues todo esto lograis con haceros presentes con vuestro deseo y con vuestro corazon á todos los Sacrificios, holgándoos de que así todo el mundo le haga á Dios esa honra. Y si es tanto mayor el fruto que logramos en las misas á que asistimos en gracia, y con devocion y atencion, ¡oh, qué riqueza! Pues atienda nuestra piedad los clamores que nos dán las pobrecitas almas del purgatorio, para que partamos con ellas, aplicándoles lo que nos toca de satisfaccion, que no lo perderemos, y no les podemos hacer mayor limosna que la misa. Aquí habia yo de empezar; mas baste para abrazar todo lo dicho, y alentarnos á lograr el fruto de la misa, el ejemplo que ya refiero:

Cuenta Pedro Cluniacense, autor antiguo y grave, (*lib. 2. Mirat. t. 15. fol. 484.*) que en Gracianópolis de Tracia, en unas muy profundas minas de hierro, trabajaba un pobre, buscando en tan afañosa fatiga el sustento. Sucedió, pues, lo que acá no pocas veces sabemos que sucede en nuestras minas,

que desquiciado de sus fundamentos, el cerro (que aun los montes trastorna la codicia) fué derrumbando con estupendo fragor, tierras y peñas; tapóse la mina y dejó aquel pobre en las entrañas de la tierra, antes sepultado que muerto. Aquí fueron las lágrimas de su pobre muger, los sentimientos, los sollozos, llorándose viuda; mas como para ser fiel, no bastan esas exterioridades, mostró mejor su fidelidad, dando de su pobreza cada semana la limosna para que le dijeren una misa, y en ella ofrecia siempre un pan y una vela. Así habia corrido un año entero, sin dejar de decirle la misa, y aplicarle la ofrenda, sino en una semana sola, en que no la tuvo. Entónces, pues, cavando otros por aquella parte del cerro, oyen del centro de la tierra gritos, voces y gemidos. Prosiguen, no sin horror, cavando hácia donde venian los ecos: abren en fin, y descubren un hombre. ¿Quién? Era aquel pobre que un año antes habia quedado allí sepultado. Y cuando llegaron á creer pue estaba vivo, ¿cómo es esto? le dicen: ¿como has podido vivir sin sustento en esta lobreguez?—Sí lo he tenido, responde: habeis de saber que al desquiciarse el cerro, me dejó este hueco, en que desde luego, aunque libre, me dí por muerto: afligíanme estas tinieblas tristes, y el hambre me apuraba; pero he aquí que yo no sé quién, pero él era un mancebo muy agraciado y hermoso, que cada semana una vez entraba aquí con una vela ardiendo en la mano, y una torta de pan, y eso me daba y se iba; y aquella vela me aliviaba de estas tinieblas, y con el pan me sustentaba, hasta que otra vez volvía; pero solo una vez que dejó de venir, me ví ya en el último extremo; volvió luego, y con estas sus venidas me he mantenido como veis. Cotejaron luego lo que su

muger habia ofrecido con la misa cada semana, y cómo habia faltado una sola; y hallaron que era ella la que con tan soberano Sacrificio lo habia así mantenido. Pues á uno y otro viso nos llama este prodigio: nos muestra cómo es á los vivos socorro, y nos dá á entender cómo es tambien á los difuntos alivio: nos dice cómo sirve á la vida del cuerpo, y nos avisa tambien cómo aprovecha á la mejor vida del alma: que con la luz mejor, aquel Soberano Sacrificio destierra las tinieblas de las culpas; y con el mejor pan sustenta y fortalece la vida mas estimable de la gracia

## PLATICA XXVII.

DE LA DEBIDA OBSERVANCIA DE LOS DIAS DE FIESTA.

A 26 de Julio de 1691.

**H**ASTA ahora no se han acabado de reír los modernos de un pintor que hubo en la antigüedad, tan nécio, que sin tantear los tamaños de la tabla para proporcionar el dibujo, empezaba á pintar por los piés, y ocupando todo el lienzo con el cuerpo, faltándole ya campo, dejaba siempre sus retratos sin cabeza. Gentil necedad, dejar lo principal por ocuparse todo en lo que importa menos. Pero aun no lo culpeis tan severos, hasta que hecheis de ver si os sucede lo mismo. En el tendido lienzo de esta vida, tenemos que pintar alma y cuerpo; á este tenemos que buscarle adornos; á aquella tenemos que solicitarle hermosura, viveza y gracia: el alma es la cabeza en que vá todo; el cuerpo, que lleva éste ó aquel adorno, importa menos. Ya, pues, de este lienzo de la vida ocupamos tantos días en el trabajo, en el cuidado, en la